

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos, 2, 1-11): *Se llenaron todos de Espíritu Santo.*

Salmo (103, 1ab.24ac.29b-31.34): *«Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra»*

2ª lectura (Romanos, 8, 8-17): *Somos hijos de Dios.*

Evangelio (Juan 14, 15-16.23b-26): *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.*

Dicen que el sol brilla para todos, aunque nos hemos ingeniado para evitarlo cuando no deseamos que brille más de la cuenta. Basta pensar en los techos, puertas, ventanas, cortinas y otros artilugios domésticos con los que intentamos recibir solo la luz que deseamos. O pensemos en los sombreros, gorras, lentes oscuros, lociones protectoras y demás medios que empleamos cuando no nos queda sino estar expuestos a la intemperie y a un brillo solar que puede ser demasiado para nuestros ojos o para nuestra piel. O sea, que el sol brilla para todos, pero a veces preferimos un poco de sombra.

El aire resulta indispensable, a pesar de su obstinación en traernos junto al necesario oxígeno, otra cantidad de cosas, algunas deseadas, como los diversos aromas de las flores y otras indeseables, como el polvo y toda suerte de contaminantes. Por supuesto, ya hay aparatos para contar las veces que respiramos por minuto, por día o por año y estadísticas que nos aportan la cantidad que respiramos durante una vida. Se ha calculado los litros de oxígeno que nuestros pulmones requieren para funcionar adecuadamente a lo largo de nuestra existencia.

A nosotros vivientes y creyentes, Dios nos hace llegar otro Aliento, su Espíritu, Señor y dador de vida, que todo lo renueva. Necesitamos ese Don de Dios, porque a veces cerramos las puertas y ventanas de nuestra morada, nos aislamos porque queremos nuestro espacio. Necesitamos al Espíritu Santo, porque a veces aun estando con otros en el mismo lugar nos aferramos a nuestra individualidad y no sabemos o no queremos crear comunidad. Necesitamos al Espíritu Santo, porque se multiplican a nuestro alrededor los ruidos de esta tierra, a veces tenues, a veces armoniosos, a veces ensordecedores e intolerables, pero no nos llega el ruido del cielo, el rumor de Dios.

Necesitamos al Espíritu Santo porque los vientos soplan en todas direcciones y nos agitan y nos zarandean, y a veces incluso les permitimos que nos lleven sin rumbo ni meta. Necesitamos al Espíritu Santo porque hay demasiados fuegos que nos queman, nos consumen, nos abrasan sin dejarnos nada a cambio. Necesitamos al Espíritu Santo porque, a fuerza de querer que los demás sean como nosotros, hemos ido produciendo una monotonía humana en la que no se distinguen ni se aprecian los diferentes dones.

Celebramos Pentecostés. Dios Padre es una Comunidad de Personas. Nos había dado a Jesús. Y ahora nos entrega el Espíritu Santo, su Fuerza permanente, que hace Su Morada en cada persona que quiere vivir abierta a este Amor. *Ven dulce huésped del alma. / Descanso de nuestro esfuerzo. / Entra en el fondo del alma y enriquécenos. / Mira el vacío del hombre si Tú le faltas por dentro. / Riega la tierra en sequía, infunde calor en el hielo. / Salva al que busca salvarse, y danos tu gozo eterno.*

El Espíritu es capaz de hacernos nuevos, de transformar la vida. La lectura de Hechos nos lo hace ver. Aquellos seguidores de Jesús estaban encerrados, llenos de miedo; estaban juntos, pero solo uno al lado del otro; sentados, sin ánimo para hacer nada. Y llegó el Espíritu y lo cambió todo. Dios tomó la iniciativa, recibieron el empuje y la Fuerza que necesitaban. Y hablaron lenguas nuevas. Ya no había puertas cerradas, sino tarea y misión por todo el mundo, testigos de Dios en una Comunidad llena de misericordia, samaritana atenta a las necesidades de cada hermano. Testigos creíbles del Padre que se da a todos sus hijos, sin ninguna reserva.

Queremos responder a este Don del Padre y de Jesús. Nuestra vida ha de ser agradecimiento a esta grandeza. Es Jesús Quien pide al Padre un Defensor, Alguien que esté siempre con nosotros, que habite y haga Morada en nosotros, que nunca nos deja solos, que nos conduce hasta la Verdad. ¡Cómo no hacer nuestro este ruego!: *«Envía tu Espíritu y repuebla la faz de la tierra»*, haznos un Pueblo, que en el mundo manifieste tu gloria, que es la vida de las personas.

Y si el Espíritu habita en nosotros, como nos dice Pablo, esto es algo permanente. Irrumpe en la existencia. Y esto se tiene que notar, es la Vida nueva que transforma. Está en cada uno, y está en la Iglesia. Estamos llamados a responder, a vivir en el Amor llevando Amor. Somos hijos libres, herederos y coherederos con Jesús. Todas las grandezas se caen ante la unidad con que Dios nos quiere. Y con total “*garantía*”: es el mismo Espíritu que resucitó Jesús. Nadie puede dar más, ni ahora ni nunca.

Este Espíritu se ha manifestado para que seamos capaces de vivir como personas nuevas, en apertura y cercanía a Dios y a los demás. La vida de Jesús la tenemos que actualizar, y ha de ser significativa para todos. Porque todos estamos llamados a la Vida. Es decir, todos invitados a movernos y a actuar en bien de los demás. Este Don que recibimos conlleva hacer que crezcan los “*talentos*” para que en la entrega muchos puedan descubrir hoy a Jesús. Esta es hoy nuestra tarea para crear una Iglesia comunidad, de puertas abiertas, misericordiosa, que no juegue al descarte de los necesitados y marginados.